



JOSEP PLA: La obsesión de escribir

Luis María de Puig

«Es objetivamente desagradable no sentir ninguna ilusión —ni la ilusión de las mujeres, ni la del dinero, ni la de llegar a ser algo en la vida—, tan sólo sentir esta secreta y diabólica manía de escribir (con tan poco resultado) a la cual sacrifico todo, a la que probablemente lo sacrificaré todo en la vida». Así se expresaba, hace ya muchos años, Josep Pla, y lo menos que podemos afirmar es que sus previsiones se cumplieron. Su vida ha estado al servicio de una asombrosa aventura literaria que supera las 30.000 páginas. Con tenacidad desmesurada, devorado por la pasión de escribir, este ilustrado campesino ampurdanés vivió ochenta y cuatro años para crear una obra literaria sin precedentes, de fuerza y singularidad extraordinaria. Lo que escribió el enciclopédico autor catalán es una de las más extensas producciones de la literatura moderna. Y, sin embargo, es poco conocido en el orden,

digamos, universal de las letras.

Acaba de aparecer, a poco más de un año de su muerte, traducida al castellano, la obra más importante sobre Pla: *José Pla o la razón narrativa*, de Josep M.^a Castellet¹. Este autor se ha convertido en el primer exégeta de Pla y su más preparado especialista. Su libro viene a ser la primera aproximación crítica que se publica en castellano.

Josep Pla escribió el setenta por ciento de su obra en catalán, lengua minoritaria y proscrita durante casi toda su vida, circunstancia que explica en parte la ignorancia general sobre su obra. No nos cabe la menor duda de que si Pla hubiera sido un escritor francés, inglés o toda su obra hubiera sido escrita en castellano, su cotización en el mercado de las letras sería muy otra. Es el precio de pertenecer a un mundo lingüístico minoritario sin apenas pro-

yección, a un ámbito cultural pequeño, constantemente amenazado, sin posibilidad alguna de competir ni alinear-se con las grandes literaturas. Pla era consciente de esta realidad. La describió como nadie, lamentándola. En definitiva, sus «papeles» —como llamaba él a sus escritos— no fueron sino un intento de salvar, de mejorar, de normalizar la lengua y la literatura catalanas. Puso su talento de escritor al servicio de aquella causa. Hubiera podido adoptar definitivamente el castellano como lengua para su producción y hubiese podido alejarse de temáticas tan reiteradamente catalanas. Pero no quiso. O no pudo hacer otra cosa. Consumió su vida para dar a la literatura catalana la más importante obra en prosa de su historia y un empuje prodigioso al uso intelectual moderno de la lengua de sus mayores.

Por otro lado, una gran

parte de los numerosos volúmenes de la obra completa de Pla son un vasto ensayo, vivo y apasionado, sobre la Catalunya de su tiempo. Su condición profesional de periodista y la necesidad constante de escribir le convirtieron en una especie de cronista del país. Algunos de sus mejores escritos pertenecen a la descripción casi sistemática que va haciendo de la vida catalana que conoció, de la que nos da una visión calidoscópica muy personal. Es decir, Pla escribe en catalán y sobre Catalunya básicamente. Ello obedece, claro está, a un compromiso íntimo y profundo del autor con Catalunya, estrechamente relacionado con los avatares históricos de este siglo, de manera especial por la etapa abierta tras la guerra civil española. Este compromiso condujo al viejo escritor de Llofriu a escribir miles y miles de páginas para dejar constancia de las cosas y las gentes que vio, de aquello que a él le pareció imprescindible para la literatura del país y para el mantenimiento de la identidad y la memoria colectiva de los catalanes: «Si no sabemos qué aspecto tenían nuestros abuelos, qué cara presentaban, cómo fueron, ¿qué idea podemos tener del pasado del país? Todo está olvidado, todo son ruinas», escribía para justificar los pequeños ensayos biográficos de las gentes que conoció. Y añadía: «La literatura no es más que un esfuerzo contra el olvido». En realidad, esa fue la clave de su literatura, de la literatura que quiso legarnos, que sintió la necesidad de escribir; una literatura comprometida con una lengua en peligro de perecer y un pueblo, Catalunya, en vías de despersonalización. Por ello sentenciaba: «El gran problema de un escritor arraigado en un país es contribuir a la lucha contra el olvido».

Bien es cierto que es localismo lingüístico y político, con ser fundamental para la literatura catalana y, desde luego, importante para el proceso de recuperación nacional de Catalunya, no son factores de los que faciliten la entrada de un autor en el Olimpo de la literatura universal. Ciertamente tales circunstancias van en contra de Pla, de la divulgación de su obra, de la valoración de su obra.

Y, en cambio, creo que se puede afirmar que estamos ante un escritor grandioso, ante un enorme literato, uno de los mejores prosistas que haya dado jamás lengua alguna. No cabe duda que la edición en castellano de la obra completa, si algún día se realiza, constituirá un descubrimiento de primer orden, como ya lo fue para muchos la traducción de Ridruejo del primer volumen, el *Cuaderno gris*.

Y ahí está su obra escrita en castellano y sus numerosos libros de viajes, sus reflexiones sobre el arte, la literatura, la historia, la política, por los que pasan todos los fenómenos mundiales que le tocó vivir, todas las épocas de la humanidad y, en primer término, los problemas fundamentales del hombre y su lucha contra la naturaleza y el paso del tiempo. En realidad, y como señala su analista, Josep M.^a Castellet, el conjunto de la obra de Pla viene a ser una larga autobiografía, intimista, en la que se describe cuanto ha visto, oído, intuído o experimentado su autor. Una obra de reflexión profunda, con un evidente sentido moral —sentido siempre presente en esa búsqueda/descripción constante de Pla— que acerca su producción a la de los grandes moralistas del XVI y el XVII, que fueron sus maes-

tros, en especial Montaigne, Pla es un clásico. Un caso insólito, pasado de moda quizá, con las preocupaciones básicas sobre el hombre, la naturaleza, la vida, la muerte. Las obsesiones de los renacentistas, de los enciclopedistas. De ahí que la imputación de autor localista —en su sentido restringido— caiga por sí sola. Más allá del contenido geográfico e histórico de las páginas dedicadas a Catalunya emerge en la producción planiana la meditación moral e ideológica. Incluso aquello más concreto y característico, como sus recuerdos de infancia en su pueblo, adquieren universalidad porque nos son ofrecidos a través del análisis y la reflexión trascendente —y a la vez realista— de su autor.

Por otra parte, ninguna de las grandes ideas, corrientes y personalidades de su tiempo escapan a su pluma sagaz, siempre aguda. De ahí que la obra de Pla sea un retablo inmenso de este siglo, sus hechos, sus gentes y sus problemas, desde la perspectiva de un hombre fundamentalmente perteneciente al mundo mediterráneo-latino —como solía decir— que tuvo una especial destreza para escribir y una cabeza considerable.

Sus libros y numerosos artículos en castellano —muchos de los cuales han sido traducidos al catalán para ser incorporados a su obra completa—, sin ser su idioma profundo, prueban su evidente talento literario, y su prosa repleta de reminiscencias catalanas no deja de ser un testimonio del escritor agudo, del adjetivador inimitable que fue. El lenguaje de este hombre, directo, fácil, elegante, produce en el lector una identificación como pocas veces nos es dado con otro escritor. Es-

ta fue la intención de Pla. Ya desde joven insistió en la necesidad de partir de la lengua y la expresión populares e, incluso, coloquiales y acabar así con la literatura barroca rimbombante. En su esfuerzo logró una plasticidad y un estilo tan acusadamente directo, a la vez bello y preciso, que penetra fácilmente en el lector, que no se siente como en tantas ocasiones alejado del autor por el lenguaje retórico e intelectualizado que nos depara la literatura habitual.

No nos parece aventurado señalar que quizá la originalidad de Pla —sus distintas originalidades— están en su procedencia rural. Pla se describe a sí mismo como «un puro y simple campesino, un tráfugo del arado, la azada y la trailla, sofisticado por la cultura de nuestros días». En su obra —y en su vida— hay muchas actitudes que confirman esta aseveración personal. Joan Fuster le definió como un «Kulak». Y no sólo porque a Pla le preocupan de manera casi obsesiva los fenómenos de la naturaleza, las cosechas, el mundo rural en general y sus gentes. Hay más, Pla se desenvuelve en términos de una lógica profundamente rural, concreta, de hombre de la tierra. La filosofía de Pla es la del payés catalán, escéptico, distante, receloso, conservador y conformado. De ahí este sentido fundamentalmente práctico y útil de las cosas, el materialismo exacerbado que Pla ha lucido tantas veces. «A la rosa, para ser perfecta, sólo le falta ser comestible», puede ser una frase planiana aproximativa al sentido realista y utilitario de Pla que intentamos describir. Los mismos fenómenos de la naturaleza eran, para él, hechos que tenían una traducción económica: la cosecha, el crecer del sembrado.

Claro que ese lenguaje, el sentido realista y las preocupaciones rurales de Pla se nos ofrecen a través de una «sofisticación cultural» de grandes proporciones. Basta con una ojeada a las fuentes y las citas de Pla y nos damos cuenta que nos encontramos ante un universo intelectual impresionante. Pla nació y creció en el medio rural pero se realizó en el ambiente burgués de la Catalunya del primer tercio de este siglo. Lo genial es el resultado del encuentro de la vieja sabiduría ancestral, escéptica y profunda del mundo campesino catalán, con el conocimiento libresco, con el contacto con la intelectualidad europea de este siglo, con la cultura más exquisita. La síntesis es esa obra kilométrica, desigual, inteligente y entrañable de nuestro autor. Lo cierto es que su origen campesino es una de las claves para entender y comprender a Pla. Hay un evidente rechazo de la vida moderna, de la sociedad industrial, del progreso, que, en definitiva, destruía todo cuanto amó desesperadamente en su infancia y juventud. Pla no entendió jamás el mundo industrial, las máquinas le asustaban. Escribió: «El día más triste de mi vida fue aquel en que oí la sirena de la primera fábrica en Palafrugell». En cierta medida su obra es una visión a veces irónica y otras amargada del hundimiento del mundo rural, hecha por un hombre que no quiere adaptarse a la industrialización y a la vida urbana.

Ernest Lluch ha avanzado la idea de que Pla, como los medianos propietarios centroeuropeos, era partidario de compaginar el proceso industrializador con la permanencia de las estructuras sociales tradicionales. Lluch insiste en que Pla se presenta como mo-

deradamente burgués e, incluso, contrario al capitalismo internacional y la gran industria. Con algún matiz, creemos pertinente esta afirmación.

Nació en Palafrugell en el seno de una familia de pequeños propietarios. Estudió el bachillerato en la ciudad de Girona y, después de iniciada la carrera de Medicina en Barcelona, la abandonó y curso Derecho finalmente. Durante esta época se introduce en el mundo cultural barcelonés, ambiente que describió magistralmente en su *Cuaderno gris*. Colaboró desde muy joven en revistas comarcales como la *Revista de Girona*, *Baix Empordà*, *Cenacle*, hasta que comenzó su actividad periódica profesional en el diario *Las noticias*, del que pasó más tarde a *La publicidad*. Fue corresponsal en Madrid de *La Veu de Catalunya* y colaboró en la capital de España con los periódicos *El Sol* y *Fígaro*, así como escribió varios artículos para la *Revista de Catalunya*. Prácticamente hasta el final de la guerra civil española vivió fuera de Catalunya, ejerciendo como corresponsal de prensa. Viajó por toda Europa, pasó largas temporadas en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y la Unión Soviética. Durante estos veinte años leyó vorazmente a los grandes autores, conoció directamente las mayores obras de arte y contrastó culturas y civilizaciones, siendo, además, testigo excepcional de los acontecimientos políticos de entreguerras.

Se había operado, asimismo, lo que podríamos llamar su adscripción política. Frequentó los ambientes de la Lliga, por la cual fue diputado provincial por Girona en 1921, y se convirtió en un propagandista de Cambó —su

ídolo político indiscutible— y de los postulados políticos de la burguesía catalana. A causa de su alineación política, Pla resultaría un hombre polémico con cierta precocidad, criticado por los intelectuales catalanes de izquierda que le acusaban de tergiversar la realidad con su excesiva servitud a la Lliga y a Cambó.

Parece ser que Pla fue sustituido como diputado por la Dictadura de Primo de Rivera, cuando se encontraba en Berlín como corresponsal de *La Publicidad*, donde fue a parar más o menos exiliado por un artículo suyo aparecido en *El Día*. Siguió escribiendo libros y artículos periodísticos durante la República. Se ha dicho que por amistad con Lerroux fue nombrado Inspector de Instrucción Pública de una importante capital de provincia, sin que sepamos más acerca de ello. Lo cierto es que durante los años treinta Pla se dedica frenéticamente a escribir. Es ya un autor celebrado y popular. En 1925 publicó *Coses vistes* que causó sensación. Siguió *Llanterna màgica* (1926), *Vida de Manolo* (1928), *Cartes de lluny* (1928), *Madrid (un dietari)* y su *Francesc Cambó* (1928-1930) entre otros libros aparecidos desde su primer volumen en catalán.

Durante el período republicano, además de sus constantes crónicas políticas desde Madrid, escribe y publica *El sistema de Francesc Pujols* (1931), *Vint i cinc anys de política catalanista* (1931), *Madrid, l'adveniment de la República* (1933), y *Viatge a Catalunya* (1934). Al estallar la guerra civil, Pla, más o menos temeroso de persecución por sus posiciones políticas, decide salir de Catalunya, al parecer a través del consulado de Dinamarca, gracias a sus rela-

ciones sentimentales con una dama danesa.

En Marsella, siguiendo las indicaciones de Cambó, formó parte de una pequeña organización de información y enlace a las órdenes de Josep Bertran i Musitu, el SIFNE, de apoyo a Franco, organización que desapareció a instancias de las autoridades francesas en 1937. Trasládese nuestro hombre a Italia donde comenzó la redacción de lo que sería más tarde su *Historia de la Segunda República Española*, publicada en 1940-41. En 1938 se encontraba en San Sebastián donde parece ser contactó con Dionisio Ridruejo, Eugenio Montes, Augusto Assia y Manuel Aznar, e incluso con este último dirigió *El Diario Vasco* y se trasladó a Catalunya en enero de 1939, inmediatamente después de la entrada de las tropas franquistas. Le fue confiada después la dirección de *La Vanguardia* —periódico que se manifestó entusiásticamente a favor de la situación— aunque según las vagas noticias existentes sobre este asunto sería el propio general Franco quien le hizo sustituir por Luis de Galinsoga, precisamente por haber sido un hombre de Cambó.

En todo caso, a partir de esta época se produce un hecho importante en la vida de Pla. Se instala en su pueblo natal, semiretirado a vivir en la casa de sus padres, el «mas» de Llofriu y allí empieza una nueva existencia, que durará hasta su muerte, exceptuando los viajes esporádicos que realizará al extranjero tan sólo ya como turista, o sus tozudos paseos por Catalunya y el Ampurdán.

La guerra y su desenlace, y especialmente la tremenda masacre del enfrentamiento,

es evidente que convulsionaron a Pla. Quedó aturrido, consternado. Se derrumba el mundo que había conocido y amado y la ilusión de una Catalunya determinada desaparece. Abrumado por la desaparición de tantos amigos, perseguido incluso su catalanismo conservador y dialogante, obligado a ser testigo de la brutalidad pedante e inculta del régimen, se somete a una profunda reflexión. Quizá ello no se produzca con la voluntariedad y el automatismo de una decisión inmediata, solemne y trascendental. Optamos por creer que es su propia situación personal y el paso de los días los que le llevan a esta actitud que destaca Castellet. Se comprende sin más que Pla tuviera grandes dificultades para adecuarse cómodamente al mundo de la postguerra. Sus libros, en catalán hasta el momento, ¿dónde hubiera podido publicarlos? Los periódicos en los que escribió, ¿dónde estaban? Ciertamente intentó el enganche con los nuevos tiempos; su historia de la II República puede ser un ejemplo de voluntad de congraciarse con los que mandaban. En ella intenta justificarse políticamente sin obviar duras críticas y juicios desfavorables sobre la actuación de los políticos catalanes y españoles que dirigieron la República. Escribió algún artículo proclive al régimen. Para ganarse la vida —es posible que se encontrara con dificultades económicas— colocó artículos en el periódico *Arriba*, dirigido aquellos días por el falangista Javier de Echarri, que le fueron pagados generosamente.

Ante las dificultades para publicar en catalán, Pla escribe varios libros en castellano: *Guía de la Costa Brava* (1941), *Las ciudades del Mar* (1942), *Viaje en autobús* (1942), *Hu-*

mor honesto y vago (1942), *Rusiñol y su tiempo* (1942), *El pintor Joaquín Mir* (1944), *Un señor de Barcelona* (1945), *La huída del tiempo* (1945). Semana tras semana escribe su artículo en *Destino*, bajo un epígrafe que se hará famoso: «Calendario sin fecha», en una colaboración que durará de 1939 a 1976. Posiblemente cerca de tres mil artículos, muchos de los cuales han sido incorporados a su obra completa, traducidos al catalán por otras personas, extremo notoriamente criticado.

Desde su cuasi escondrijo, Pla escribe páginas y más páginas que aparecerán como textos inéditos al cabo de los años, cuando se edite su actual obra completa, de Ediciones Destino. Mientras, en cuanto puede, vuelve a la publicación de nuevos libros en catalán con su *Cadaqués* (1947), en el que, sin darle trascendencia, confiesa en el prólogo: «En el seno de una cultura hay una misión oscura pero indispensable: continuar. Este libro no es más que la continuación de lo que se hizo antes al objeto de que los que vengan puedan trabajar». Casi cada año publica un libro, cuando no dos, sobre viajes, gentes, ciudades, el campo, el tiempo, la cocina, grandes personajes. A partir de los años cincuenta Pla es reconocido como el gran prosista de Catalunya. En 1961 recibe el Premio Joanot Martorell por su libro *El carrer estret*. En 1956, Editorial Selecta propone publicar sus obras completas de la que se editaron veintinueve volúmenes, hasta que la muerte del editor José M.^a Cruzet acabó con el proyecto. Su producción no cesa. En 1966, de la mano de su amigo y editor Vergés, comienza la compilación de la actual obra completa, a la que se incorporan muchos textos

inéditos como el *Quaderno gris* (1966), *Notes disperses* (1969), *Notes per a Sílvia* (1974), *Notes del canvesprol* (1979), *El que hem menjat* (1972), además de lo que Pla escribirá en los últimos años, entre los que podemos señalar parte del *Album de Fontclara* (1972), de *Prosperidad i rauxa de Catalunya* (1977), de *Un petit món del Pirineu o Itàlia i el mediterrani* (1980), *Escrits empordanesos* (1980) y *El viatge s'acaba* (1981). El resto de sus cuarenta volúmenes son sus grandes libros de biografías *Homenots* (cuatro volúmenes) (1969, 1970, 1972, 1975), *Tres senyors* (1971), *Tres biografías* (1968), *Tres artistes* (1970), *Retrats de pasaport* (1970), *Francesc Cambó* (1973), sus viajes por el mundo, *El nord* (1967), *La vida amarga* (1967), *Sobre París y Franca* (1967), *Las escales de Llevant* (1969), *Les Illes* (1970), *En mar* (1971), *Las Amèriques* (1978), *Direcció Lisboa* (1975); su descripción de Catalunya, *Primera volada* (1966), *Aigua de mar* (1966), *Viatge a la Catalunya vella* (1968), *Tres Guies* (1976), *El meu país* (1968), *Els pagesos* (1968), *Les hores* (1971), y luego están los volúmenes compilación de artículos diversos en los cuales se habla de lo divino y lo humano, *Humor, candor* (1973), *Articles amb cua* (1976), *Per passar l'estona* (1979), *El passat imperfecte* (1977), *Polàmica, Cròniques parlamentàries* (1982) y dos volúmenes más de *Cròniques parlamentàries*.

El volumen de lo escrito por Pla es gigantesco. Y lo impresionante es que su autor fue consciente de la envergadura de su producción; es más, quiso que fuera así por creer «que una experiencia literaria cuantitativa, en esta lengua, podría ser plausible». Leemos que quedan cuatro

volúmenes por imprimir, a pesar de que se ha rechazado la idea de reeditar su *Historia de la Segunda República*, por haber sido más o menos repudiada por su propio creador en los últimos tiempos —aunque hay quien opina lo contrario. Sabemos, además, que no han sido recopilados exhaustivamente sus innumerables artículos en periódicos y revistas. Este hombre fue imparable.

La obra completa tiene, como se ha señalado anteriormente, una unidad evidente. A pesar de la heterogeneidad de sus escritos, viajes, descripciones, biografías, comentarios, ensayos, novelas, reseñas, dietarios, guías —y en general todo lo que yo he elaborado— constituyen testimonios de sucesivos momentos y situaciones de mi vida que forman parte de unas vastas memorias, de una sucesión de reflejos de mi insignificante pero auténtica existencia; estamos, pues, ante un memorialista que en sesenta años de actividad literaria escribe lo que él llamó «un diario íntimo, vastísimo —unas reminiscencias de la ceniza de la vida».

En los últimos veinte años Pla se convirtió en un patriarca de las letras catalanas como jamás hubo otro. Obtuvo todos los premios posibles (Lletra d'Or en 1956, Crítica de Serra d'Or en 1967, 1970, 1973 y 1977; recibió también el Premi Ciutat de Barcelona y la Medalla de Oro de la Generalitat, recientemente), exceptuando el controvertido «Premi d'Honor de les Lletres Catalanes», que le fue negado, año tras año, por creer que si bien su obra es una de las más importantes de la historia de la literatura catalana, su actitud personal ética y política no eran ejemplares, tal y

como exigen, el parecer, las bases del galardón.

Viviendo en solitario, pero con una relación constante con toda clase de personas, cada vez más apegado a su Ampurdán —el que Pla denomina «su país»— admirado por muchos y criticado siempre por sus constantes «boudades» y su conservadurismo recalcitrante, se convirtió en un personaje pintoresco, fascinante y sugestivo, a la vez que desagradable en ocasiones. Pla tuvo un carácter difícil, de trato duro, con grandes filias y grandes fobias, mordaz, beligerante aunque distante y escéptico. Con su peculiar sarcasmo e ironía llenó un anecdotario que le dio una imagen frívola, de hombre sin escrúpulos, bon vivant, diletante, alcohólico en los últimos tiempos. Esta manera de ser —que está también en su obra— alimentó, tanto como sus actitudes políticas, el coro de detractores cambiante que siempre tuvo, a los cuales no les faltaba razón en algunas de sus críticas, ciertamente.

Tratándose de un conservador granítico —él mismo admite, en un brillante pasaje de su obra, que se le aplique la denominación «reaccionario»— es lógico que hayan sido los sectores más progresistas —Pla se ha mostrado siempre escéptico ante el progreso: «Creer en el progreso es una pura ilusión del espíritu»— los que más duramente hayan criticado al escritor de Llofriu, así como es comprensible que determinados elementos de la derecha hayan hecho bandera de la defensa de Pla. Bastaría con citar *El Alcázar*, con motivo de su muerte, para comprender este extremo. Se podría aducir que no es posible, ni justo, enjuiciar una obra literaria extraordinaria, que nadie discute, a

través de la actitud ética, política, personal de su autor. Sin embargo, eso sería olvidar dos aspectos fundamentales en aquella obra que están en la base de toda la polémica: La obra de Pla es un discurso ideológico permanente, como nos hace notar Castellet. Tan sólo añadiríamos: un discurso direccional y excluyente que ha provocado la consiguiente reacción y ha sido un acicate para los discrepantes. Y, por si fuera poco, el mismo Pla fue un crítico fenomenal, durísimo, en ocasiones vitriólico. Un hipercrítico total. Nada ni nadie escapa a su verbo implacable.

Se puede establecer que el «viejo kulak» ampurdanés ha sido el mejor prosista de la lengua catalana. Diciéndonos que se ha limitado a poner adjetivos detrás de los sustantivos, Pla ha desarrollado la más variada y completa utilización del vocabulario catalán. La aportación de este hombre al uso de su lengua ha sido formidable, única, impagable. Por otra parte, su personal modo de ayudar a su pueblo a mantener una identidad en peligro —treinta mil páginas— es un esfuerzo sin precedentes. «Estos cuarenta volúmenes, a los cuales fatalmente llegaremos, son mi modesta aportación a dos cosas que amo: mi lengua y el país donde he nacido. Negar la evidencia de un hecho tan obvio no sería admitido ni por mis apreciados detractores». La importancia de la obra de Pla es tal, que es imposible prescindir de él para entender Catalunya y su historia en este siglo. Su tercera característica ha sido incorporar a la literatura catalana una visión de su tiempo, del tiempo universal, del mundo, del arte y la cultura, de la política y el pensamiento, una visión de gran categoría, ofrecida por un ob-

servador: «He hecho una literatura de observación, de visión, de materialización de alguna forma de conocimientos, de realismo, en fin. Yo soy un escritor realista, pero sin olvidar que, al realismo, hay que añadirle una punta de adjetivación lírica —hasta donde me ha sido posible—. He dado a mi oficio esta tendencia porque creo que es lo más positivo y conveniente. La literatura de imaginación dura poco, cae de las manos enseñada. La literatura de observación dura un poco más y es mucho más divertida». Con estos criterios, tendió siempre a quitar importancia al valor de su esfuerzo. Aludiendo a su obra escribió: «No podrá ser incluida en el recinto de la literatura hinchada, retórica y triunfalista. Más bien será una cosa para cada día, una escritura insignificante». Este alejamiento de la literatura, pedante y elitista, constituye, finalmente, la última gran virtud de Pla. Escribe para todos.

Curioso caso, este de Pla, terrible ambivalencia en la que hay que compensar constantemente las contradicciones, los contrasentidos. Su vida y su obra son una enorme antinomia, un juego de paradojas. Tímido y agresivo: «Cuando tengo una pluma en la mano puedo ser ofensivo, dionisiaco». Materialista y a la vez lírico: «Yo no sé aún en qué consiste la belleza. Evidentemente la tierra bien cultivada es una forma de belleza real...». «Así cometí el gran error de escribir papeles líricos, en vez de haber hecho sistemáticamente un periodismo de carta comercial, que es el que generalmente se hace». Realista y poético. Predicador de lo concreto, pero incorregible generalizador: «Las mujeres de aquí no tienen ningún interés». «Todo lo importante

de este mundo es italiano». No nos queda otro remedio que aceptar este cara y cruz inefable que constituye Pla, encantador e impertinente, discreto y exagerado, conservador e iconoclasta, moralista y escéptico, asceta y bon vivant, frívolo y profundo, elitista y popular. Pla es una duplicidad compleja en un solo todo. El propio Pla fue, quizá, un poco el reflejo de la comedia y la tragedia que quiso describir: «En la concepción de mi literatura narrativa he tratado de poner sobre el papel, escalonadas, una sucesión de escenas de la vida humana, escenas muy diversas, con la miseria y la belleza mezcladas, alternando al vicio y la virtud, la línea del sentimiento y la línea quebrada de la insanidad. No sé si he llega-

do a un resultado. No podría asegurarlo. Puras tentativas...». Es posible que se acercara más que otros a las contradicciones de la vida real. Y, así, vivió contradictoriamente.

En el fondo de lo que es la «cuestión Pla» late un dilema, lejano y antiguo. El autor y sus ideas enfrentados al valor literario de su obra. Vieja discusión ésta llena de nombres en la historia. Y en nuestros días, Borges, Solzenitzyn, por ejemplo. También de patrimonio doméstico, podríamos citar muchos: Vizcaíno, Romero, Pemán... Dejémoslo.

Nos queda el reto de leernos su obra. ¿Cómo pudo escribir tanto? «He escrito mucho porque no he pensado

más que en escribir. Es un oficio sanguinario que yo no aconsejaría a nadie, especialmente si uno puede ser notario, o albañil, electricista o médico de la seguridad social, pero que a mí me ha hecho pasar la vida con las penas y trabajos habituales, pero no absolutamente mortífera».

Ahora aparece el libro de Josep M.^a Castellet. Es la introducción indispensable a este escritor catalán singular, Josep Pla, un extraño y fabuloso caso de un hombre que sólo vivió para una obsesión: escribir y escribir...

¹ José M.^a Castellet: *José Pla o la razón narrativa*. Ediciones Península. Barcelona, 1982.